

Lo que los científicos cubanos me enseñaron sobre el poder del trabajo en equipo real



La Habana, 18 mar (RHC) Me instalé en mi asiento en un avión con destino a Cuba sintiéndome frustrado. Cuando planeé el viaje, asumí que mis colaboradores cubanos y yo nos pondríamos en marcha, saliendo al campo de inmediato para recoger muestras de agua y sedimentos de los ríos. Así es como hice el trabajo de campo en Namibia, Bolivia y Groenlandia. Pero no en Cuba, al parecer. Cinco días antes, un científico cubano me envió un correo electrónico para informarme que solo nos reuniríamos para hablar sobre nuestro proyecto planeado. El muestreo ocurriría durante un viaje posterior, escribió. Eso me dejó sintiéndome impaciente e infeliz. ¿Por qué necesitaba viajar allí para tener una reunión? Pero tenía algo que aprender en Cuba.

En el aeropuerto, uno de mis colaboradores me saludó con una amplia sonrisa. "¡Bienvenido a Cuba!" exclamó en perfecto inglés, dándome un fuerte apretón de manos y un abrazo. Al día siguiente, fuimos al centro de investigación donde trabajaba. Mientras los escorpiones corrían por el piso de la sala de conferencias, cada uno de nosotros hizo una presentación sobre nuestra ciencia y lo que esperábamos aprender del estudio de los ríos cubanos.

Luego, recorrimos todos los laboratorios del edificio. Conocí científicos, técnicos, secretarios, estudiantes y el cocinero. Algunos hablaban inglés; otros me comunicaron en español mientras mi colaborador traducía. Me impresionó que me presentaran a cada persona en su centro. La falta de jerarquía, la atmósfera del equipo, era diferente a todo lo que había experimentado antes en la academia.

Al día siguiente, nos volvimos a encontrar para hacer una lluvia de ideas. Juntos, estudiamos los mapas para planificar cómo íbamos a recolectar muestras. Si no hubiera sido por los cubanos, no habría sabido que los mapas que tenía no estaban actualizados y estaban equivocados. Dejaron fuera los embalses, lo cual fue un problema porque si hubiéramos tomado una muestra aguas abajo de ellos, nuestros resultados habrían estado sesgados. La participación local y el conocimiento fueron clave, lo que me hizo preguntarme qué extrañaría trabajar sin un equipo así en África, América del Sur y el Ártico.

Seis meses después, volé de regreso a Cuba y, esta vez, nos dirigimos al campo. Me impresionó, una vez más, la medida en que mis colaboradores hicieron todo lo posible para garantizar que todos los miembros del equipo fueran tratados por igual. Condujimos alrededor de Cuba en camionetas de color amarillo brillante, y nos aseguramos de que cada camioneta tuviera una mezcla de cubanos y estadounidenses en todos los niveles de antigüedad. En el campo, estudiantes, profesores y técnicos todos sudaban juntos.

En la última noche del viaje, buscamos un restaurante con capacidad para los 14 de nosotros en una mesa, porque eso es lo que hacen los equipos, se sientan juntos. Cuando un restaurante no podía acomodar al equipo sin dividirnos, mis colaboradores insistieron en que siguiéramos y encontramos un lugar con una mesa lo suficientemente grande.

La falta de jerarquía ... era diferente a todo lo que había experimentado antes en la academia.

En 26 años como profesor, siempre he hecho todo lo posible para tratar a mis alumnos como colaboradores valiosos. Nunca he sido fanático de la jerarquía de la academia. Quiero que todos los que trabajan conmigo sientan que son parte de un equipo. Pero mis colaboradores cubanos llevan el trabajo en equipo a otro nivel por completo. Dejan en claro, a través de acciones tanto grandes como pequeñas, que todos los miembros del equipo son valorados, que todos son iguales y que el verdadero trabajo en equipo contribuye a una mejor ciencia.

Regresé a los Estados Unidos como un científico cambiado. Ahora, paso más tiempo escuchando y asegurándome de que se escuche la voz de todos. Hace cuatro meses, tomé en serio el enfoque cubano cuando dirigí un taller para científicos de cinco países. Nos reunimos para analizar cómo íbamos a analizar algunos preciosos gramos de roca recolectada debajo de la capa de hielo de Groenlandia. Me aseguré de que todos los científicos tuvieran voz en las discusiones y que los 35 comiéramos cenas juntos. El enfoque funcionó: comenzamos como individuos, pero después del taller, éramos un equipo.

Muchas personas fuera de Cuba se centran en su sistema comunista o la mala sangre entre nuestros dos países. En Cuba, mis colaboradores me enseñaron a unirnos. Aprendí que los mejores equipos reconocen que los miembros individuales aportan diferentes perspectivas a la mesa. Todas las voces tienen mérito, y cada persona merece respeto. Espero que este ensayo inspire a otros a reconocer el poder del trabajo en equipo real, incluso durante los momentos de rutina como la cena.

(Tomado de Science / Traducción Cubadebate)

(Cubadebate)



Radio Habana Cuba